

Platero es un burro pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Come de todo y los del pueblo dicen que tiene acero.

Era una noche morada y brumosa. Vagas claridades malvas y verdes quedaban tras la torre de la iglesia. Salió un hombre oscuro, con una gorra y un pincho que quería clavar en el seroncillo pero lo impide.

Tres niños hacían como si fueran mendigos, uno decía que era cojo, etc. En esto que llegó una niña forastera y les insulto dándoles a la vez un consejo.

Todo se veía distinto cuando ocurrió el eclipse, el mar parecía blanco... Y para observarlo mejor utilizaban varios instrumentos: gemelos de teatro, etc. Y también lo veían desde diferentes sitios: desde el mirador, etc.

La luna les acompaña por un valle soñoliento. Hay un olor penetrante a naranjas, humedad y silencio. Hace frío y tienen miedo, así que Platero trota para salir de allí.

Le dice a Platero que si fuera a la miga aprendería muchas cosas. Sabría más que el médico. Pero que era muy grande para sentarlo en una mesa, cantar en el coro, escribir con pluma, etc. Además le maltratarían. Así que el mismo dijo que le enseñaría algunas cosas.

Cuando se viste de luto con barba nazarena y pasa montado sobre Platero, los chiquillos gitanos aceitosos y peludos, le llaman loco.

Es Sábado Santo y están matando a Judas. Todos disparan sus escopetas. Pero hay un problema, y es que hay mucha gente que se llama Judas.

Hacía un buen tiempo para comer brevas. Así que echaron una carrera para cogerlas, pero Adela, que era gordita y baja, corría poco y como no la esperaban, se enfado. Poniéndose a tirar las brevas a la cara, y así no las empezamos a tirar entre nosotros.

Caen rosas del cielo, parece que se deshace el cielo en rosas. Cuando caen dejan el paisaje rosado como los cuadros de Fray Angélico.

Parece que la vida pierde su fuerza cotidiana.

Si se muriera Platero antes que el muchacho, no lo enterraría en el Moridero como los demás hombres que tienen burros si no que lo enterraría en un lugar donde estuviera entretenido con niños, niñas, pájaros, etc. En el cielo azul de Moguer.

Cuando iban por la dehesa de los caballos, Platero, cojeó. Y cuando le vio la pata se fijó que tenía una púa, y se la sacó.

Después el muchacho lo llevó al arroyo para curársela y siguieron su marcha.

Ya llegaron las golondrinas, contando lo que han visto en Africa y en los lugares por donde han pasado. Están como despistadas sin saber que hacer. Vuelan en línea recta. Y se van a morir de frío.

El muchacho va a ver a Platero al mediodía a la cuadra. Diana una cabra que se hecha sobre las patas de Platero, se acerca al muchacho como jugando y lo mira. Y Platero rebuzna de felicidad.

Había un potro negro, con tornasoles granas. En sus ojos parecía que había fuego. Y pasaba por las calles

como un campeón. Cuando entro en el corral, cuatro hombres lo cogieron y lo tiraron sobre el estiércol, y, después de castrarlo parecía otro; blando, sudoroso, triste, etc. Lo levanto un hombre y se lo llevó.

Su niñez fue buenísima. Primero se iba a la casilla de Arreburra, y estaba en su corral dorado por el sol, y desde allí miraba Huelva, encaramándose en la tapia. Después de allí se iba a la calle Nueva, etc. Luego a la casa de don José, el dulcero, y se quedaba deslumbrado con sus botas de cabrito.

Tuvo muchos sueños, que se imaginaba desde su balcón y otros lugares.

Trata de un niño tonto que siempre estaba sentado en su silla delante de su casa viendo como pasaban las personas. Nunca daba nada, todo era para su madre. Un día cuando pasó el autor ya no estaba el niño tonto sino un pájaro y entonces supo que había muerto y había subido al cielo, y allí estaría sentado en su silla.

Era una niña que se llamaba Anilla la Manteca a la que le gustaba disfrazarse de fantasma, y una noche se vistió para asustar a unos niños pero empezó una tormenta y se metieron en casa. Hubo un ruido seco y entonces todos se quedaron ciegos. Cuando volvieron a la realidad estaban en otro sitio y bajaron donde estaba Platero. Y allí estaba la pobre de Anilla muerta a causa de un rayo.

El autor le va contando a Platero todo lo que ve, las hierbas, las flores, etc. Entonces Platero se pone a beber en un charco que había. Luego todo cambia. Como si cada momento que pasaba fuera a descubrir un paisaje abandonado. La tarde fue inacabable, tranquila. Llamó a Platero y se fueron.

Cuenta el autor que estaba jugando con Platero y entonces vio llegar a una mujer gritando que si estaba ahí el médico francés y un poco más atrás venía la gente con un cazador cogido. El médico lo bajo y le miro la herida que tenía en el brazo, pero el médico decía que no era nada. Y un loro repetía todo lo que decía mientras el cazador gritaba de dolor.

Platero como no había subido nunca a la azotea no podía saber lo que allí se sentía. La azotea es maravillosa. Desde allí se pueden ver y sentir un montón de cosas. Parece rara la vida de debajo de la azotea cuando estás allí.

Venían cargados de flores de los montes. Caía la tarde. Parecía que el oro se convertía en plata. Los lirios parecían con otra frescura. Y sin darse cuenta había dejado a Platero atrás.

Siempre que iba el autor a la bodega del Diezmo, él se iba a contemplar la verja para ver si podía ver algo de dentro. Que fantástico espectáculo el de la verja. En sus sueños, el autor, se imagino que aquello era maravilloso. Así que acudía muchas veces para ver si alguna vez la abrían.

Platero iba ungido y hablaba como con miel. Vio a don José en su huerta gritando palabrotas a los muchachos que le robaban las naranjas. Como de él no se habla peor de nadie.

Pero luego está don José el cura que cuando entra en el pueblo montado en su burra, se parece a Jesús cuando iba a la muerte.

Por la culpa de los niños no podía dormir, el autor, pero cuando se asoma a la ventana se da cuenta de que no son los niños, sino los pájaros. Cuando sale a la huerta da gracias a Dios por los pájaros. El campo se abría en estallidos como si estuvieran dentro de un gran panal de luz en el interior de una inmensa y cálida rosa encendida.

El aljibe estaba lleno de las ultimas lluvias, no tenía eco, ni se veía el fondo como cuando está bajo. Le dice el autor a Platero que él (Platero) no había bajado nunca al aljibe, pero que él sí. Anteriormente cuando el aljibe estaba seco él bajó. Tenía una galería larga y un cuarto pequeño donde hacía frío. Cuando era niño no

podía dormir cuando llovía por la intriga de ver como estaría el aljibe después de llover. Así que iba a la mañana siguiente como loco a ver hasta donde se había llenado.

A veces iba el perro flaco y anhelante, a la casa del huerto siempre temía los gritos y los apedreamientos. Un día llego detrás de Diana y un guarda que lo vio se asusto por la muchacha, así que disparó al perro matándolo. Platero lo miraba fijamente mientras el guarda se arrepentía. Abatidos por el viento los eucaliptos parecía que lloraban y la siesta se tendía sobre el perro muerto.

Le dijo, el autor, a Platero que mientras que él se para, para ver el remanso se fuera al prado. El sol lo alumbraba pasando su agua espesa. Todo parecía pequeño pero a su vez inmenso porque parecía distante. Ese remanso era su corazón antes. Hasta que el amor humano rompió su dique y corrió la sangre corrompida.

Los niños fueron con Platero al arroyo lo han cargado de flores y lo han traído y sobre la empapada lana de Platero estaban las flores amarillas. En esa tarde de lluvia el rebuzno de Platero se hacía alegre. Empieza a comer flores y de vez en cuando mira al autor. Platero mira el campo en esa tarde equívoca de abril donde no para de llover.

Es un canario viejo que tenía el autor, y no lo quería dejar suelto por si se moría. Pero un día se escapo, y los niños estuvieron toda la mañana buscándolo. A la tarde estuvo revoloteando por el jardín y después se metió en su jaula. Y todos se pusieron muy contentos.

Vino trotando un burro viejo asustado por alguna razón. El burro era viejo, estaba en los huesos y rebuznaba ferozmente de forma que Platero se asustaba. Era negro y grande. De fondo se oía el ruido de los pescadores vendiendo en el mercado. Platero seguía temblando y el autor dijo que no parecía un burro.

Al muchacho le llamaba la atención un pájaro que revoloteaba por el prado y vio entonces una trampa que habían puesto lo muchachos. Se estaba dando cuenta de que los pájaros iban a caer. Así que se monto en Platero y obligándole a subir al pinar ahuyentó a los pájaros a otro lugar de forma que no cayeran en la trampa y Platero se lo agradeció dándole golpes en el pecho con el hocico.

Estaban tirados en la acera en todo su largor igual que los perros cansados. La niña pinta en la pared, el niño se orina y el hombre y el mono se rascan. De vez en cuando el hombre se levanta y se va a la calle o la niña canta, etc.

El claro viento del mar sube por la cuesta roja. Platero contento, ágil y dispuesto como si no llevara a nadie encima subía. Ibamos en cuesta arriba como si fuéramos en cuesta abajo. Platero yergue las orejas y en la otra colina está su amada y se oyen rebuznos entre ambas colinas. Pasa frente a ella con cara triste y Platero trata indócil y a veces mira para atrás entristecido.

Platero había estado bebiendo en la fuente y se la habría trabado una sanguijuela y esta echando sangre por la boca. Pidió ayuda a Repaso y entre los dos intentaron sacarle la sanguijuela atravesándole un palo entre los guijarros pero Platero no quiere. Allá dentro se la veía, y con dos sarmientos se la quitó. Después de quitársela a Platero la corto sobre el arroyo para que no hiciera daño a más burros.

Le dice el autor a Platero que se aparte para que pasen estas tres viejas. Una de ellas era ciega y las otras dos la guiaban. Iban diciendo palabras lamentables. Eran gitanas, se notaba por la forma de vestir, con trajes pintorescos y de luto. Iban al médico, con mucha confianza enfrentándose al calor primaveral.

En el arroyo grande se habían encontrado una carretilla y al lado a una niña llorando porque no podía empujarla para que saliera del barro, y como el burro que tenía era muy joven y débil, le engancho el autor a Platero y consiguieron sacarla. La subieron también la cuesta y la niña se lo agradeció. Le dio dos naranjas

la muchacha y el autor le dio una al burro joven y otra a Platero.

Le dice a Platero que el alma de Moguer es como el pan y no el vino. Al mediodía todo el pueblo huele a pan calentito y la gente se lo como con el gazpacho, con el aceite, etc. Llegan los panaderos montados en sus caballos a repartir el pan y los niños pobres empiezan a pedirles un poquito de pan.

Le cuenta a Platero que está muy guapo y que relucía mucho. Platero se acercaba al autor avergonzado pero tan limpio como la más joven de las Gracias. Cuando se acerca al autor le acaricia y sale a correr como su perrillo fuguelón. Entonces sale otra vez a correr y hace como si comiera y la aglae se ríe y no se le ve mucho por el sol.

Dondequiera que para o adondequiera que llega parece como si estuviera en el pino de la corona. Al crecer el pino el autor también a crecido, y cuando le quitaron una rama es como si al autor le doliera. A veces el pino de la corona llama al autor para que vaya a descansar a su paz como el término verdadero y eterno de mi viaje por la vida.

Darbón es el médico de Platero, es muy grande gordo y un poco viejo. A veces se traba hablando y agacha la cabeza por vergüenza y para corregirse. No le quedan apenas ni dientes ni muelas y sólo como bolas de migas de pan y cuando las mastica con las encías se le sube la barba a la nariz. En la puerta del banco, cuando se pone, tapa la casa. Pero es muy sensible. Y cuando ve una flor o un pájaro se ríe. Cuando mira para el cementerio llora por su niña.

En el seco y polvoriento corralón había un niño en la fuente y en los ojos parece estar escrito la palabra oasis. Ya hace calor de siesta y le da al niño el sol en la cabeza pero no lo siente ya que se está bañando. Habla solo se rasca entre sus harapos. El niño se recoge y cambia la forma del agua.

Platero y el autor se llevan bien. Platero sabe lo que le gusta al autor, como por ejemplo, cuando llegan al pino de la Corona, le gusta acercarse a acariciar el tronco. El autor trata a Platero como a un niño. Cuando lo ve cansado se baja para no pesarle tanto. Se parecen mucho, tanto que el autor cree que sueñan lo mismo. Se llevan tan bien que Platero huye de los demás.

La hija del carbonero es bonita y sucia, sus ojos son negros. Está en la puerta de la choza, sentada, durmiendo a su hermano. Está todo tan en calma que se oye hasta a una olla cocer en el campo. Y la carbonera canta para dormir a su hermano. Descansa y sigue cantando. El viento está en calma y oyendo a su hermana cantar el niño se duerme.

Le habla a Platero sobre una acacia que sembró él y que fue creciendo hasta que le cubre con su franca. Hoy ocupa casi todo el corral y parece que no es la misma, el autor creo que no se acordará de él. Un árbol sembrado por él, acariciarlo o acariciar su rama graciosa no le trae ese pensamiento de poesía y entonces le entra un escalofrío y se tiene que ir del corral.

Estaba derecha en una triste silla, blanca la cara y mate; el médico le había mandado salir al campo pero ella no podía. La voz se le caía y entonces le ofreció que se subiera en Platero. La gente se asombraba al verlos pasar y Platero iba con cuidado sabiendo que era muy frágil.

Le dijo a Platero que esperaran para ver las carretas. Lo leve limpio y lujoso para piropear a las muchachas y se pusieron detrás de la valla. Estaba lloviendo pero a la gente no le importaba. Pasaron primero en burros, mulas y caballos, todos muy contentos. Luego en sus carros blancos, todo en flor como un jardín. Se oía ya la música y entonces Platero se arrodilló como una mujer blando y humilde.

Legando al prado se ha echado bajo un pino y se ha puesto a leer por una señal que había. En lo alto se oye como un pájaro se come las semillas. Una sombra se acerca, es Platero que va a leer con el autor. El pájaro

interrumpe una palabra y piensa que Ronsard se estaría riendo en el infierno.

XLIX.- EL TIO DE LAS VISTAS

De pronto el silencio de la calle se rompe, por un redoble de tambor; y los niños corriendo hacia el ruido van gritando que El Tío de las Vistas está ahí. Primero llegaron hasta el unos niños sin dinero que con las manos en los bolsillos o en la espalda le miraban atentamente. Después llegaron otros niños con su dinero preparado y el hombre se alegró. Más tarde se acercó Platero con la niña de enfrente y su perro. Y el hombre de broma le dijo a Platero que donde estaba su dinero y los niños se rieron.

L.-LA FLOR DEL CAMINO

El autor y Platero ven una flor por la que pasan, al lado, muchos días: toros, cabras, burros, Los pájaros se ponen al lado, las abejas se posan en ella. Algunos días tiene agua de una nube de verano, Y un día que pasó por allí había desaparecido y el autor pensaba lo que daría el otoño por la flor.

LI.-LORD

El autor estuvo enseñándole a los vecinos y a Platero una fotografía y ellos no veían nada en especial. El autor le decía a Platero que era Lord, el perrillo Fox Terrier del que le había hablado, sentado en un cojín. Y le dijo que se lo tuvieron que llevar porque otro perro le contrajo la rabia. Y al cabo de un tiempo murió y el padre del autor se puso triste ese día en que murió.

LII.-EL POZO

El autor dice que pozo es una palabra honda. Hay esmeraldas de colores y un lago quieto que al que si le tiras una piedra se pone a gruñir. Platero rebuzna sediento y anhelante y del pozo sale una golondrina asustada.

LIII.-ALBERCHIGOS

Un niño va vendiendo alberchigos con su burro por la calle y el autor y Platero lo ven. Así que cogiendo el autor a Platero fueron ellos también a vender alberchigos.

LIV.-LA COZ

El autor y Platero van al campo de Montemayor. Por el camino ven al tonto y el autor le pide que se vaya con ellos montado en Platero porque pe ponía loco. Entonces un potro le dio una coz y nadie hizo caso pero el autor, vio que Platero estaba sangrando y lo curó. Después le dijo al tonto que se lo llevara a casa y se fueron triste. Y cuando llegaron a casa el autor le dijo a Platero, que si se había dado cuenta ya, de que no podía ir a ningún lado con los hombres.

LV.-ASNOGRAFÍA

Cuando el autor buscó la palabra asnografía en el diccionario ponía: se dice, irónicamente por descripción del asno. Y el autor piensa que más que un insulto para el hombre era un piropo y que era al revés un insulto para los burros.

LVI.-CORPUS

Cuando iban entrando el autor y Platero por la calle de la fuente, de vuelta del huerto; volvieron a oír las campanas que ya habían oído desde el arroyo. Las campanas daban otro aire a la calle recién encalada y ribeteada de almagra con sus chopos y juncias. Ese día era especial y había cohetes y música, que ayudaban a

las campanas a dar otro aire. Por las ultimas casas aparecen la cruz de los espejos. Pasa la procesión con las banderas de los patronos de los panaderos, de los marineros, de los labradores y demás santos. Después aparecen Santa Ana, San José y la Inmaculada. La tarde cae con el latín andaluz de los salmos. Platero cuando todos estaban callados y había silencio rebuzna y parece parte de la procesión.

LVII.-EL PASEO

Por los hondos caminos del estío van, Platero y el autor. El autor canta, o lee, o dice versos al cielo; y Platero mordisquea la hierba escasa de los vallados en sombra, mientras caminan. Platero mas que andar descansa pero él lo deja. El cielo azul cambia cuando hacia los montes dos humaredas de un incendio hinchaban dos redondas nubes negras. Pero su paseo es bien corto. Es como un día suave e indefenso en medio de una vida múltiple. Y ni siguiera la tragedia de las llamas les detiene. Cuando llegan a la alberca beben nieve líquida y siguen.

LVIII.-LOS GALLOS

El autor no sabía a que se podía comparar ese malestar. Olía a vino nuevo, a chorizo en regüeldo, a tabaco, Había gente conocida como el diputado, el alcalde y ese torero gordo y lustroso de Huelva El Litri. Hacía calor en aquello tan cerrado, un mundo de gallos. Los pobres gallos ingleses se despedaban. El autor se preguntaba por que estaba allí, sin encontrar respuesta. Pero por lo menos el autor se alegraba un poco cuando veía un naranjo que había allí.

LVIX.-ANOCHECER

Cuando llega el anochecer todo cambia. Es como si retuviese a todo el pueblo como enclavado en la cruz de un triste y largo pensamiento. Los trabajadores canturrean por lo bajo, en un soñoliento cansancio. Las viudas piensan en sus muertos, los niños corren, Las farolas de petróleo empiezan a iluminarse. Pasan varios hombres que, aunque son distintos parecen iguales ante la luz del anochecer. Los chiquillos se alejan. Y en las puertas sin luz se habla de unos hombres que sacan el unto a los niños para curar a la hija del rey, que está hética.

LX.-EL SELLO

El autor le cuenta a Platero como es un sello que ha visto. Y lo que sintió cuando se lo pusieron en la palma. Decía que el sello era de un amigo suyo del colegio y que él deseaba uno con su nombre. Un día llegó a la casa del autor, un hombre de Sevilla, que era viajante de escritorio, y entre otras muchas cosas tenia sellos, muchísimos sellos de todas las maneras. Y el autor con un duro que se encontró en la calle le encargo uno con su nombre y pueblo. Aquella semana fue larga y cuando llegaba el cartero el autor se acercaba a ver que traía. Y ya una noche se lo entregaron. Sello todo lo que pudo. Siempre con miedo a estropearlo. Conque alegría llevó el autor todas sus cosas selladas al colegio.

LXI.-LA PERRA PARIDA

El autor le explicaba a Platero cual era la perra que había parido, describiéndola. Le dijo que había parido cuatro perritos, y que la lechera se los había llevado porque se le estaba muriendo un niño y el médico le había dicho que le diera caldo de perritos. Le explico que la perra había estado como loca todo ese día porque se habían llevado a sus cachorros. Cuatro noches fue y volvió la perra de la calle de En medio a la pasada de las Tablas llevándose con la boca cada noche uno de los cachorros. Y cuando el amo la vio estaba con todo los perros agarrados.

LXII.-ELLA Y NOSOTROS

El autor le decía a Platero que ella se iba en un tren negro y soleado que, por la vía alta, se marchaba hacia el norte. Y que ellos habían estado abajo, en el trigo amarillo y ondeante, cuando pasó. Vieron brevemente una cabeza rubia, velada de negro. Era el retrato de la ilusión en el marco fugaz de la ventanilla. Y pensó el autor, que a lo mejor ella se preguntó quienes eran aquel hombre enlutado y ese burrito de plata.

LXIII.-GORRIONES

La mañana de Santiago todos se habían ido a misa solo quedaban en el corral Platero, el autor y los gorriones. El autor le contaba a Platero la cantidad de cosas que hacían los gorriones. Benditos pájaros in fiesta fija. Totalmente libres. Le decía que iban de un lugar a otro sin nada. Que cuando la gente se marchaba a misa y cierra sus puertas, los gorriones entran en los corrales de las casas cerradas.

LXIV.-FRASCO VELEZ

El autor le dijo a Platero que ese día no podían salir porque había algunos perros con la rabia, y que el alcalde había puesto un cartel. Ya el día de antes por la noche había oído tiros de la Guardia Municipal. Una mujer va diciendo que eso es mentira y que es un invento del alcalde, pero el autor por si acaso no quería salir.

LXV.-EL VERANO

Cuenta, el autor, como después de un sueño instantáneo, el paisaje de arena se torna blanco, frío en su ardor. Están los jarales bajos constelados de sus grandes flores vagas, rosas de humo, de grasa. Y un pájaro nunca visto, amarillo, con lunares negros, se eterniza, mudo, en una rama. Los guardas de los huertos, suenan el latón, para asustar a los rabúes. Cuando llegan a la sombra del nogal grande, el autor raja dos sandias, que abren su escarcha grana y roa en un largo crujido fresco. El autor se come su mitad y Platero se come la suya como si estuviese bebiendo agua.

LXVI.-FUEGO EN LOS MONTES

La campana suena cuatro veces queriendo decir que hay fuego. Dejan la cena angustiados por el fuego. Suben la escalerilla en alborotado silencio. El fuego era grande. En el horizonte de pinos, la llama se veía quieta en su recortada limpieza. Era como un esmalte negro, en las noches de agosto son altas y paradas y se diría que el fuego estaba ya en ellas. Una estrella fugaz corre medio cielo y se sume en el azul: El autor oye un rebuzno de Platero abajo en el corral. Todos habían bajado ya de la azotea. Y el autor siente como si hubiera pasado junto a él aquel hombre que creía, en su niñez que quemaba los montes.

LXVII.-EL ARROYO

Le explica, el autor, a Platero que, por el arroyo que iban, era el mismo arroyo que parte el camino de San Antonio por el bosque de Alamos cantores; que si tiras en invierno un bar de corcho en los álamos, iba hasta los granados por debajo del puente de las Angustias, refugio suyo, cuando pasaban los toros. Que bonito es imaginar de niño. Y de repente se pregunto si Platero tenía imaginación.

LXVIII.-DOMINGO

La pregonera vocinglería de la esquila de vuelta distante, resuena en el cielo de la mañana de fiesta como si todo el azul fuera de cristal. Todos se han ido a ver la procesión. Se han quedado solos Platero y el autor. ¡Que paz! ¡Que pureza! ¡Que bienestar! Deja a Platero en el prado alto y se echa bajo un pino lleno de pájaros. En el silencio, el hervidero interno de la mañana de septiembre cobra presencia y sonido. Es la soledad como un gran pensamiento de luz. De vez en cuando el autor y Platero dejan de leer uno y de comer el otro y se mirán.

LXIX.-EL CANTO DEL GRILLO

El autor y Platero conocen bien de sus correrías nocturnas el canto del grillo. El primer canto de grillo, en el crepúsculo, es vacilante, bajo y áspero. Muda de todo, aprende de si mismo y, poco a poco, va subiendo, poniéndose en su sitio. El canto del grillo se exalta llena todo el campo es cual la voz de la sombra. Los habares mandan al pueblos mensajes de fragancia tierna. Y los trigos ondean verdes de luna, suspirando al viento de las dos, de las tres, de las cuatro, El canto del grillos de tanto sonar se pierde.

LXX.-LOS TOROS

Los niños fueron a pedirle al autor que les dejase a Platero para ir a pedir la llave de los toros de esa tarde, pero le dijo que no. Todo el pueblo estaba como loco por la corrida de esa tarde. La banda tocaba. Preparan el coche amarillo al que llaman el canario. El que tanto gusta a los niños. Pero Platero y el autor se van por la puerta falsa al campo que ahora está muy bonito porque no hay nadie en él, en estos días de fiesta.

LXXI.-TORMENTA

Hay miedo en el pueblo. Un silencio que solo se rompe por los truenos. El coche de las seis se ve por la esquina diluviando. El cochero va cantando para espantar el miedo. No se puede escapar de la tormenta. Y el autor se pregunta que será de Platero solo en su establo.

LXXII.-VENDIMIA

Ese año vinieron muy pocos burros a la uva. Que fue de aquellos años en que había que esperar hasta que desocupaban los lagares. En aquel tiempo si que eran alegres las bodegas, con los bodegueros sirviendo el mosto o sangre de toro espumeante. Veinte lagares se ocupaban día y noche. Este año en cambio están todas las ventanas tabicadas y sólo está el corral y dos o tres lagareros. Después el autor coge a Platero y va a la viña vecina a por uvas, para que los demás burros no le cojan manía a Platero por bago. Y lo lleva lentamente a través de la vendimia.

LXIII.-NOCTURNO

El pueblo en fiesta iluminado por la noche. El campo, solo con sus árboles y las sombras de ellos. El canto roto de un grillo, un rebuzno de Platero, un rebuzno de otro asno hacia Montemayor, otro más allá, luego por Vallejuelo ladra un perro. Las flores del jardín del autor se ven como si fuera de día por la claridad que hay. Un hombre solitario camina por el pueblo. Y el autor escucha su humilde corazón sin par.

LXIV.-SARITO

Para la vendimia el autor se encontraba en la viña del arroyo y las mujeres le dijeron que un negrito le buscaba. Era Sarito el criado de Rosalina, su novia portorriqueña. Se había escapado de Sevilla para torear por los pueblos con su capote al hombro y sin dinero. Los hombres lo miraban con un mal disimulado deprecio y las mujeres, por miedo a los hombres también. Pero el autor le miraba sonriente y Sarito acariciaba a Platero alegre.

LXXV.-ULTIMA SIESTA

Que triste belleza, la luz del sol cuando uno se levanta bajo la higuera. Una brisa le acaricia el despertar.

Platero que le había robado una sandia le miraba de pie inmóvil. Mientras, al autor se le volvían a cansar los párpados y se dormía.

LXXVI.-LOS FUEGOS

Para septiembre, en las noches de velada, se ponían en el cabezo que había detrás de la casa del huerto; para ver, el pueblo en fiesta.

El viejo guarda de viñas, borracho en el suelo de la era.

Los fuegos, al principio silenciosos, fueron seguidos por unos cohetes que, cada vez que estallaba uno Platero se estremecía. Y para rematarlo tiran un cohete que hace que las mujeres se estremezcan y que Platero huya como alma que lleva el diablo.

LXXVII.-EL VERGEL

Como el autor fue a la capital quiso que Platero viese El Vergel.

Mientras caminan, pasa el cochecillo, chillón y tintineador, con su banderitas moradas y su toldillo verde; pasa, también, la niña de los globos.

Y cuando por fin llegan a El Vergel y se disponen a entrar, el guarda le explica que Platero no podía entrar por ser burro. Y el autor enfadado, sin entrar él tampoco, se marcha con Platero.

LXXIII.-LALUNA

Platero se había bebido dos cubos de agua y volvía a la cuadra mientras el autor le esperaba en la puerta.

Y estando la luna sobre una colina, sola y sin estrellas. Platero se detiene y se queda mirándola fijamente.

LXXIX.-ALEGRÍA

Describe los juegos de Platero con Diana, una perra ágil y elegante que salta a su alrededor, y a la que Platero simula embestir.

La cabra también anda a su alrededor empujándole y estorbándole.

Con los niños Platero se deja hacer, haciéndose el tonto, simulando asustarlos a veces.

Por la tarde, en el silencio del crepúsculo se oyen los rebuznos, ladridos, las campanillas y el griterío de los niños.

LXXX.-PASAN LOS PATOS

Cuando Platero va a beber, en el silencio de la noche, se escucha el pasar de los patos y como todos, de vez en cuando, levanta la cabeza a las estrellas para ver su procesión interminable.

LXXXI.-LA NIÑA CHICA

Platero también tiene sus preferencia: la niña chica. Se descomponía en mil carantoñas cuando la veía acercarse.

Ella lo adoraba y cuando se fue su vocecilla se apago nombrándolo.

La tristeza, como una nube, cayó sobre todos aquella tarde.

LXXXII.-EL PASTOR

En la hora en que las sombras lo parecen todo, el pastorcillo vuelve con el rebaño y se queda mirando a Platero como cada tarde susurrando ¡Si fuera mío

Me da pena, con su aspecto, tan sin nada y me dan ganas de regalarle a Platero.

Pero ¿Qué sería yo sin tí?

LXXXIII.-EL CANARIO SE MUERE

El canario, que haciendo un esfuerzo la primavera pasada canto, se ha muerto.

Los niños lloran, preguntándose por qué si no le faltaba de nada. Ha muerto simplemente de viejo.

—¿Habrás, Platero, un Cielo de los pájaros?

En la primavera lo veremos salir del corazón de una flor e inundarlo todo con su canto.

LXXXIV.-LA COLINA

— También tengo mi sitio preferido — confiesa a Platero Juan Ramón.

El sitio donde leo, desde donde veo ponerse el sol, donde me recreo pensando en los niños, donde juego con la niña chica, la Colina. La Colina roja que se levanta sobre la viña vieja del Cubano.

LXXXV.-EL OTOÑO

El sol se está volviendo perezoso y el viento del Norte está empezando a despertarse.

El arado está rompiendo la tierra para sembrar el fruto que nos dará mañana.

LXXXVI.-EL PERRO ATADO

Compara al otoño con un perro atado, cada vez más solo, más mustio y más cansado de ladrar.

Cada vez se ven menos animales para compartir la soledad.

LXXXVII.-LA TORTUGA GRIEGA

Cuando se encontraron la tortuga la cogieron un poco asustados gritando: —¡Una tortuga, una tortuga

Don Joaquín les dijo que era una tortuga griega, porque era igual que la de un libro.

De niños le hicieron mil perrerías. Aparece y desaparece sin saber cuando ni de donde. Pero siempre se la ve igual, impasible, con su eternidad auestas.

LXXXVIII.-TARDE DE OCTUBRE

Soledad. Eso nos queda con la vuelta de los niños al colegio.

Platero, tan aburrido como yo, solo le queda buscarme y se entra en la casa conmigo.

LXXXIX.-ANTONIA

Antonilla, con su traje dominguero, quería pasar el arroyo que se sentía mocito.

Yo le ofrecí a Platero y aunque, al principio le subió el rubor, no lo penso. Dando un salto se encaramo en Platero que troto alegre sintiendo a la mozuela.

Me dio regaño y un poco iracundo le grite: ¡Platero!

XC.-EL RACIMO OLVIDADO

El otoño también tiene sus encantos.

Después de llover, cuando sale el sol es agradable ir al campo y ver su nuevo verde.

Un día de estos los niños se encontraron un racimo y todos lo querían.

Tuve que poner paz y repartir las cinco enormes uvas: Cuatro, para las cuatro niñas y la quinta por unanimidad alborotada para Platero.

XCI.-ALMIRANTE

Cuando entro en el corral la primera vez fue una gran ilusión. De él aprendí la nobleza.

Cuando lo vendieron me costo una enfermedad que sólo curó el tiempo.

Me hubiera gustado que lo conocieras. Hubierais sido buenos amigos.

XCII.-VIÑETA

El otoño nos está quedando cada vez más solos, Platero.

Tendremos que buscar otros amigos: Un nuevo libro.

XCIII.-LA ESCAMA

Cuando miro Moguer desde la calle de la Aceña me parece otro pueblo. Porque cada barrio, cada calle, Tiene su forma de ser, sus hombres y sus mujeres son distintos, hablan de otras cosas, Y hasta sus Vírgenes son distintas.

A mí la que más me gusta es la del Carmen, la de los marineros, la que según Montemayor se ve en las escamas cuando reflejan al sol su arco iris.

XCIV.-PINITO

En estos días de otoño parece que la memoria se agranda y se recuerdan cosas sin saber por qué.

Te voy a contar quien era Pinito. Todos decían: más tonto que Pinito.

¿Sería de verdad así?

Me arrepiento de no haber hablado más con él.

Murió el pobre como había vivido: como una sombra.

XCV.-EL RIO

Que pena que un río, en otro tiempo surcado por los barcos este muerto.

Rojo de muerte, por las minas que lo han envenenado.

Un río sin vida, muerto.

XCVI.-LA GRANADA

Aguedilla me ha mandado la mejor granada del arroyo de las Monjas.

Que áspera y dura su piel y que rojo brillante sus granos.

Conque placer nos la comemos Platero y yo.

Me recuerda otras granadas, todas riquísimas. Es la granada la fruta orgullo de Moguer por eso está en su escudo.

XCVII.-EL CEMENTERIO VIEJO

Yo quería Platero que conocieras esto. Hay distintos patios donde hay mucha gente.

Pero quería que vieras que desde este silencio se escucha todo: Los niños del enterrador, los cascabeles de los caballos, los gorriones, Pero sobre todo que vieras esto: Aquí está mi padre.

XCVIII.-LIPIANI

Los jueves salen de paseo los niños de la escuela y Lipiani, el maestro, que es un tragonazo disfruta como nadie.

Hace que cada niño, con el pretexto de probarlos, le den un muerdo de cada merienda y así es el que mejor escapa.

Pero importa poco. ¡Fíjate que contentos iban todos!

XCIX.-EL CASTILLO

Todos los pueblos tienen su Castillo Platero. Moguer también.

Su cielo limpio, como una espada de oro limpio.

Sus parejas, con sus nombres y sus historias que los personalizan su mar, su campo, tu y yo.

C.-LA PLAZA VIEJA DE TOROS.

La plaza vieja de toros se quemó.

Lo recuerdo, o creo recordarlo, como si de un cromo se tratara.

A veces creo recordar como si yo hubiera estado dentro.

¿Cuánto tiempo estuve? ¿Qué pasó? ¿Cuándo fue?

No lo sé, y cuando lo pregunto todos me contestan con evasivos.

CI.-EL FEO

Cuando el eco te contesta parece que no estas solo.

Cuando muchachos nos decíamos que el que contestaba era el bandido Llevo a Platero a aquel paraje y grito ¡Platero!

El bandido aquella roca vieja que está enfrente nos responde ¡Platero!

Platero levanta la cabeza asombrado y mira a la roca y a la roca y después a mí todo sorprendido.

Entonces rebuzna y la roca le contesta.

Vuelve a sorprenderse y lo vuelve a hacer.

A Platero le ha gustado el eco

CII.-SUSTO

Todos estaban en el comedor, unos hablando y otros discutiendo.

De pronto Blanca huyó, asustada, y todos tras ella sin saber de qué huían.

La cabezota de Platero agrandada por la sombra era la causante.

CIII.- LA FUENTE VIEJA

La fuente vieja encierra un misterio como si fuera el sentimiento de la vida verdadera.

En sus aguas he visto reflejado todo lo que mi imaginación ha visto.

Para mí lo representa todo: El nacimiento, una canción, una poesía, la realidad, la alegría y a veces hasta la muerte.

CIV.-CAMINO

Habían caído muchas hojas el día de antes por la noche.

Un chopo se parecía a Lucía, la titiritera del circo.

Los pájaros nos verían como nosotros a ellos en Primavera. Y al domingo siguiente cuando volviesen ya no quedaría ninguna hoja en el suelo.

CV.-PIÑONES

Se acercaba por el sol la niña de los piñones. La niña de la arena pregonera larga y sentidamente.

Entonces el autor se acuerda de cuando él era muchacho e iba al naranjal de Mariano a por piñones con los amigos. Iban con un pañuelo y con su navaja de cabo de nácar labrada en forma de pez, con la que los partían.

Que gusto dan los piñones.

CVI.-EL TORO HUIDO

Estando el autor y Platero en el naranjal se oye un rumor. Es Manuel un toro.

Platero y el autor se esconden por miedo.

Y allí apareció, colorado, grande, robusto; olfateando, mugiendo destrozando todo lo que encontraba; levantando tal polvareda que hasta el sol se ve de otro color.

Bebe un poco y se va soberbio cuesta arriba.

CVII.-IDILIO DE NOVIEMBRE

Cuando va llegando Platero cargado de ramas. Casi desaparece bajo la amplia verdura rendida.

Su paso es menudo. Parece que no anda.

Las ramas verdes que tuvieron chamarices, el viento, la luna, los cuervos, parecen caerse.

Y la imagen de un burro cargado empieza a parecer divina.

CVIII.-LA YEGUA BLANCA

Ese día el autor estaba triste porque volviendo hacia su casa, había visto, muerta, a la yegua blanca del sordo. Esa mañana la había llevado al moridero harto de darle de comer ya que era muy torpe y ciega.

Así que cuando la ha visto de vuelta en su corral, se ha liado a darle palos. Pero como no se iba, llamó a la gente de por allí para echarla, y no contentos con que se marchara, la persiguieron hasta que no pudo más. Y allí la remataron.

CIX.-CENCERRADA

La cencerrada de Doña Camila y Satanás iba a ser sonada.

Hicieron unos espantapájaros representándolos, con toda alegría y pretendían que durara tres noches, aunque los chiquillos la prolongarían.

Al final, Platero, sólo quedará lo importante: la luna y el romance.

CX.-LOS GITANOS

Cuando los gitanos llegan todas las habladurías se desatan.

Ya están acampando como siempre, en los hastiales del cementerio y todos están pendientes de los animales.

Yo también le digo a Platero, un poco en broma: ¡Que vienen y te llevan!

CXI.-LA LLAMA

El fuego es como una cabellera suelta, con sus brazos, con sus piernas.

El fuego es algo inmenso, de un rojo interminable, que nos calienta y nos da fuerza.

Que danzas de sombras, hasta uno mismo baila sin quererlo gracias al fuego.

CXII.-CONVALECENCIA

Desde su cuarto de convalecencia se oyen pasar a burros y a niños jugando y cantando coplas de Navidad. Todo el pueblo se siente envuelto en la fiesta de Navidad y Platero desde su cuadra, sin poder remediarlo, rebuzna al son de las campanas. Mientras el autor desde su convalecencia se siente disgustado por no poder salir.

CXIII.-EL BURRO VIEJO

No sabe que hacer si irse o no. Ya que había allí un burro viejo. Parecía estar sordo y ciego, y que por la angustia se había quedado allí estampado; y se iba a morir de frío.

Así que como le daba pena no sabía si irse o quedarse.

CXIV.-EL ALBA

Cuando llega la mañana Platero se despierta cansado de dormir y lanza un rebuzno que despierta al autor.

A veces piensa, el autor, que hubiera sido de Platero si hubiera caído en malas manos; entonces vuelve a oír un rebuzno, y se pregunta si sabe que piensa en él, pero le da igual. Ya que piensa en él como en la ternura del alba.

CXV.-FLORECILLAS

Me contó mi madre que cuando murió Mamá Teresa lo hizo entre un delirio de flores.

Yo la recuerdo, viéndola a través de la vidriera siempre entre las flores del jardín.

Dice mi madre que seguramente, un jardinero de estrellas se la llevó al cielo.

CXVI.-NAVIDAD

Tarde de nochebuena. La candela en el campo.

Suena el ruido de las ramas al arder. Las jaras vecinas al fuego, se derritan.

Y los niños del casero que no tienen nacimiento se acercan a la candela a calentarse las manos. Y yo les acerco a Platero para que jueguen con él.

CXVII.-LA CALLE DE LA RIBERA

En una casa, ahora el cuartel de la guardia civil nací, Platero. En aquella esquina todavía recuerdo, que se ponían los marineros.

Allí fue donde pase mi infancia. Hasta que mi padre se mudó a la calle nueva.

Se mudo por varias razones: que los marineros siempre llevaban navajas, hacía mucho viento,

CXVIII.-EL INVIERNO

Estaba lloviendo.

Que bello era ver caer la lluvia. Como corría el agua por los canalones de los tejados.

Mira que bello es el arco iris. Que no se sabe exactamente de donde sale. Y mucho menos a donde va.

CXIX.-LECHE DE BURRA

Como todos los años el ciego ha atado a su burra, a los hierros de mis ventana, y me ha despertado. Las lecheras vienen deprisa a por su leche con el cántaro en el vientre.

Y el ciego no se daba cuenta de lo mal que estaba su burra.

Otro día, estábamos caminando Platero y yo, cuando vimos al ciego golpeando a su burra. Y nosotros la compadecíamos.

CXX.-NOCHE PURA

Que noche Platero.

Todos creen tener frío. Pero nosotros no.

Hace una noche limpia y clara.

Con miles de estrellas que la adornan.

CXXI.-LA CORONA DE PEREJIL

Iban a hacer una carrera las niñas para ver quien se quedaba con el libro de estampas de la víspera de Viena del autor.

Entonces Platero contagiado por la carrera se unió a ella y la ganó. Pero las crías decían que eso no valía.

Así que Juan Ramón guardó el libro para otra carrera de las niñas y le hizo a Platero una corona de perejil.

CXXII.-LOS REYES MAGOS

Esa noche era imposible acostar a los niños. Pero al fin lo conseguimos.

Nos íbamos a disfrazar, para darles una grata sorpresa. Eramos: Montemayor, Tita, María Teresa, Lolilla, Perico, Platero y yo; que nos íbamos a ir de reyes magos.

Verás cuando nos vean. Soñaran sobre ello toda la noche.

Y ya mañana se levantarán y se verán dueños de un tesoro.

CXXIII.-MONS-URIUM

El Montunio, las pequeñas colinas rojas denominadas casi por los romanos se ennoblecieron para mí el día en que siendo muy niño aun supe este nombre: Mons-Urium, ese castillo construido por los romanos y que para

mí supuso el encuentro de un tesoro inextinguible.

Puedes vivir y morir contento, Platero en Moguer, monte de escoria de oro.

CXXIV.-VINO

El alma de Moguer e su vino.

Llegado septiembre todo el pueblo huele a vino y suena a Cristal. Es como si del sol se donara en líquida hermosura.

Moguer es fuente de vino.

CXXV.-LA FÁBULA

Desde niño, Platero, tuve un horror instintivo hacia las fábulas.

Los pobres animales, a fuerza de hablar tonterías por boca de los fabulistas, me parecían odiosos.

Fueron los verso de un fabulista, Juan de La Fontaine quienes me reconciliaron con los animales parlantes.

Pero siempre dejaba sin leer la moraleja.

Platero, tú eres un burro como yo lo sé y lo entiendo. Tienes tu idioma y yo el mío, por eso no temas que yo vaya nunca a hacerte un héroe charlatán de una fabulilla.

CXXVI.-CARNAVAL

¡Que guapo estás hoy Platero! Es lunes de Carnaval, y los niños, que se han disfrazado, le han puesto el aparejo moruno.

Al llegar a la plaza más mujeres vestidas de locas han cogido a Platero en medio de un corro y han girado alegremente alrededor de él.

Platero no sabe como salir de allí ¡pues como es pequeño las locas no le temen!

Por fin, Platero, decidido igual que un hombre, rompe el corro y se viene, a un nosotros no servíamos para estas cosas

CXXVII.-LEON

Voy yo con Platero por la plaza de las Monjas una calurosa tarde de febrero, cuando de pronto, me encontré con León, vestido y perfumado para la música del anochecer.

Da una palmadita y me dice que a cada año le concede Dios lo suyo; que si yo escribía en los diarios él, con ese odio que tiene, es capaz de tocar el instrumento más difícil y sin papel: los platillos.

Da otra palmadita, un salto y se va silbando. Pero vuelve de pronto y me da una tarjeta:

LEÓN

DECANO DE LOS NIZIS DE CYERDA

DE MOGUER

CXXVIII.-EL MOLINO DE VIENTO

¡Que grande me parecía entonces, Platero, esta charca, y que alto este circo de arena roja!

Antes de volverme a ver en él mismo, Platero, creí ver este paraje, encanto de mi niñez en un cuadro de Courbert y en otro de Boecklin.

Sólo queda una memoria que no resiste la insistencia, como un papel de seda al lado de una llama brillante, en el sol mágico de mi infancia.

CXXIX.-LA TORRE

No, no puedes subir a la torre. Eres demasiado grande.

¡Cómo me gustaría que subieras!

Se ven las azoteas del pueblo, el patio del Castillo, el Diezmo y el mar.

Más arriba, desde las campanas de ven cuatro pueblos, el tren que va a Sevilla, el de Riotinto y la Virgen de la Peña. Y cuando salieras por la puerta del templete sería el asombro de los niños que gritarían de júbilo.

¡A cuántos triunfos tienes que renunciar, pobre Platero! ¡Tu vida es tan sencilla como el camino corto del cementerio viejo!

CXXX.-LOS BURROS DEL ARENERO

Mira, Platero los burros del Arenado; lentos, con su picuda y roja carga de mojada arena, en la que llevan elevada, como en el corazón, la vara de acebuche verde con que les pegan.

CXXXI.-MADRIGAL

Mírala, Platero. En realidad son dos mariposas: una blanca, ella; otra negra, su sombra.

Platero; ¡mira que bien vuela! ¡Qué regocijo debe ser para ella volar así! Será, como es para mí, poeta verdadero, el deleito del verso.

Hay, Platero, bellezas culminantes que en vano pretenden otras ocultar.

Cállate, Platero. Mírala ¡Qué delicia verla volar así, pura y sin ripio!

CXXXII.-LA MUERTE

Encontré a Platero echado en su cama de paja. Fui a él, lo acaricié hablándole y quise que se levantara. El pobre no podía.

Mandé venir a su médico.

Tras haber analizado a Platero, le dije que si era grave.

Y no sé exactamente lo que contesto: Que si un dolor una raíz mala Que el infeliz se iba a

El caso es que a mediodía el pobre de Platero murió

CXXXIII.-NOSTALGIA

Platero, tu nos ves ¿verdad?

¿Verdad qué ves como se ríe en paz, clara y fría el agua del huerto, verdad que ves pasar a los borricos de las lavanderas? Si tu, me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo tu rebuzno lastimero endulzando todo el valle de las viñas.

CXXXIV.-EL BORRIQUETE

Puse en el borriquete de madera la silla, el bocado, y el ronzal del pobre Platero y lo llevé todo al granero grande, al rincón donde están las cunas olvidadas de los niños. El granero es muy ancho silencioso y soleado, y desde el se ve todo el campo moregueño, el molino de viento, Montemayor,

En vacaciones los niños juegan en el granero, y a veces se suben en el borriquete sin alma, y con un jaleo inquieto y raudo de pies y manos trotan por todo el parado de sus sueños.

¡Arre, Platero! ¡Arre!

CXXXV.-MELANCOLÍA

Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero. Que está en el huerto de la Piña, al pie del pino redondo y paternal.

En torno allí, grande lirios amarillos adornaban la tierra húmeda.

Los niños conforme llegaban dejaban de gritar.

Quietos y serios, sus ojos brillantes en los míos me llenaban de preguntas ansiosas. Y yo le preguntaba a la tierra: ¡Platero amigo! ¿Te acuerdas aun de mí?

CXXXVI.-A PLATERO EN EL CIELO DE MOGUER

Este libro, que escribí con el alma, que fue lo que tantas veces llevaste va a tu alma que ya está en el Paraíso del Cielo de Moguer.

Sé que me verás y verás las flores que están sobre tu tumba.

A ti este libro que habla de ti, a ti Platero.

CXXXVII.-PLATERO DE CARTÓN

Cuando salió el libro de Platero, una amiga, tuya y mía, me regalo un Platero de cartón.

No se parece en nada a ti, Platero.

Pero el corazón, y el sentimiento, que parece necesitar algo material, me están haciendo de alguna manera, quererlo.

CXXXVIII.-A PLATERO EN EL CIELO DE MOGUER

El tiempo acaba su obra Platero.

Sólo nos queda una de nuestras riquezas, si la tuvimos: la de nuestro corazón.

Tengo que confesarte también mis maldades, mis cinismos,

Que bien te puedo decir a ti estas cosas que otros no entenderían. A ti Platero, que vivirás siempre, poco te importa irte.

Pero ¿Y yo, Platero?

MOGUER, 1916.